

bían suministrado auxiliares á Galerio contra los persas, á Constantino contra Licinio, y el imperio mantenía á sueldo con el nombre de federados un cuerpo de 40.000 godos, que los príncipes procuraban tener siempre completo.

Fuera fidelidad á los tratados, fuera más bien temor al imperio, que desde Claudio el Gótico, había estado siempre en manos viriles, ello es que los godos habían dirigido siempre su ardor guerrero contra sus vecinos bárbaros, y los principios de cultura y cierto espíritu de disciplina que les hacía aceptar jefes que mandaban un pueblo entero, les habían asegurado muchos triunfos. Al rey de los ostrogodos, Hermanarico, de la venerada familia de los Amales, obedecían numerosos pueblos escitas y germanos.

Los visigodos, bajo la autoridad de su jefe Atanarico, se extendían desde el Dniester hasta el centro de la antigua Dacia. Algunos de sus guerreros se aprovecharon del desconcierto causado por la muerte de Juliano y por la de su sucesor para aventurarse en la Tracia; Procopio atrajo 3.000 á su servicio (1). A la negativa de Atanarico, que no quería conceder ninguna reparación, pasó Valente dos veces el Danubio y causó grandes daños en las tierras de la orilla izquierda, habiendo prometido una gratificación por cada cabeza de godo que se le presentara (367-369).

Fatigados de estas correrías que arruinaban sus cultivos, y de esta guerra que interrumpía su comercio con el imperio, pidieron al fin la paz los visigodos, y se concluyó en una entrevista que tuvieron Valente y Atanarico en sendos barcos anclados en medio del Danubio, porque el godo, desconfiando con razón de su adversario, no quiso pasar á la orilla derecha. Pretendía haber hecho en manos de su padre el juramento de no poner nunca el pie en tierra romana.

El emperador continuó dándole su pensión, pero suprimió la de los otros jefes, y no autorizó el comercio, que se hacía antes en toda la línea de las fronteras, sino en dos ciudades ribereñas del Danubio. «Fue una gran novedad, dice Temistio, ver á los romanos conceder la paz y no comprarla (369).»

Por espacio de muchos años reinó la paz á lo largo del Danubio; pero en el corazón de la Escitia se consumaban grandes acontecimientos. Las llanuras de la alta Asia, donde olas de arena cubren de vez en cuando los cultivos, ciegan ó desvían el lecho de los ríos y hasta sepultan ciudades, tienen también avalanchas de hombres que, formadas lentamente, lejos de la vista del mundo civilizado, se precipitan sobre él en ciertos momentos para destruirlo (2).

Los hunos fueron uno de esos ciclones devastadores. Los antiguos no los conocían y se les suponía nacidos en el desierto del comercio de los demonios y las hechiceras: parecen haber sido de origen mogólico ó finés. Según Am. Marcelino, que acaso vió algunos, eran de aspecto repugnante:

«Un cuerpo rechoncho, una cabeza muy grande con ojos muy pequeños, la cara imberbe, cortada desde la infancia y cubierta de cicatrices, hacen de ellos, decía, animales bípedos, más bien que hombres; viven á caballo y se alimentan de raíces crudas y de carne manida bajo la silla del caballo. La mujer y los hijos los siguen en un carro, que lleva las miserables provisiones de la familia. En el combate cargan al enemigo dando espantables gritos, y huyen y vuelven con la rapidez del rayo. Sus dardos armados de

(1) Según A. Marcelino; según Zósimo (IV, 7), 10.000.

(2) *...ruens ut turbo montibus celsis.* A. Marcelino, XXXI, 3. En el siglo último seiscientos mil calmuco dejaron las orillas del Volga para volver, á través de una mitad del Asia, á las provincias occidentales de la China, de donde habían venido.

un hueso afilado, hieren desde lejos y á golpe seguro; de cerca lanzan á su adversario una correa, llamada *lasso*, que paraliza sus movimientos. No adoran nada, nada creen; sólo tienen ardiente deseo de oro.»

Sorprenderían estas últimas palabras del historiador si no se supiera cuánto atrae á los bárbaros el esplendor del metal amarillo, aun en las desoladas estepas y en la vida nómada. Pero lo que más amaban era la destrucción. Atila, más tarde, caudillo de estos bárbaros, se jactaba de que no naciera ya hierba donde su caballo ponía el pie.

¿Cuál fué su primitiva tierra y qué causa hubo de determinar su emigración?

No se sabe bien. Parece que hacia el tiempo en que las tribus escandinavas y germánicas descendieron del Norte al Sur para acercarse al mundo romano, las hordas asiáticas hubieron de levantar sus tiendas y marchar del Este al Oeste, tras la gran presa reservada á los más bravos. Con sus riquezas mal defendidas, era el imperio como un inmenso foco que atraía á sí á los bárbaros establecidos en la circunferencia.

En tiempo de Valente, pasaron los hunos el Ural y el Volga; más allá de este río y de los dos lados del Cáucaso, habitaban los alanos. Muchos pueblos tomaron por símbolo de mando y aun de divinidad una segur ó hacha, y el dios de los alanos era un sable desnudo y clavado en tierra. Su caballería era muy temible; al enemigo caído le arrancaban el cuero cabelludo y se complacían en llevarlo colgado al cuello de sus caballos, como trofeo de honor. Para ellos era un oprobio morir de vejez, como una gloria caer en la batalla.

Sin embargo, fueron vencidos ó se unieron en alianza con los hunos, á fin de atacar de concierto el reino ostrogótico que podía entregarles un rico botín (375) (3).

A la aproximación de la formidable horda, Hermanarico, á pesar de sus ciento diez años (?), se resolvió á combatir; pero las tribus vasallas mostraron mucha repugnancia á esta temible guerra. Dos jefes roxolanos, cuya hermana Svanhilda había hecho perecer Hermanarico á los pies de sus caballos, porque su esposo se negaba á armarse en su favor, intentaron matarlo; otros también le negaron obediencia, y desesperado el anciano rey, se arrojó sobre su espada.

Su sucesor Witimiro fué vencido y muerto, dejando un hijo en menor edad llamado Viterico, al que salvaron dos guerreros godos, Alateo y Safrax, que habían servido mucho tiempo en el ejército romano. Mientras el grueso de la nación se sometía á los vencedores, huyeron á uña de caballo, y á pesar de la persecución de los hunos, llegaron con el real niño al interior del país.

Detrás de los godos del Este, encontraron los hunos á los del Oeste, cuyo rey ó juez Atanarico procuró defender el paso del Dniester. Su caballería pasó el río durante la noche y amenazó atacar al enemigo por la espalda: fué preciso retroceder hasta el Pruth. Atanarico se detuvo á la orilla derecha del río, con la idea de establecer en él, desde los Cárpatos hasta el mar, una línea de defensa, como las que construían los romanos; pero desalentado su pueblo, prefirió ir, bajo la conducta de Frigiger, á mendigar un asilo en el imperio. El bravo caudillo no quiso para sí esta vergüenza ó no se fió de la hospitalidad de Valente,

(3) *Ermenrichi late palentes et uberes pagos* (Am. Marcelino XXXI, 3). El grueso de la nación de los alanos continuó habitando el Cáucaso. El historiador árabe Mazudi (siglo X) creía que los alanos podían armar hasta 300.000 jinetes. El número no es cierto; pero lo es que los alanos pasaban por los mejores jinetes de los ejércitos bizantinos.

y penetró con algunos compañeros fieles en las difíciles montañas que separan la llanura valaca de las llanuras húngaras (376).

Cuando el obispo Ulifilas llegó á Constantinopla para negociar la admisión de su pueblo en las provincias romanas, Valente no vió más que una nación poderosa que le tendía una mano suplicante y lisonjeado su orgullo le hizo olvidar la prudencia. Abrió pues el imperio á esta multitud, que al decir de un autor contemporáneo, constaría de unos 200.000 combatientes (1), y creyó haberlo hecho todo para la seguridad de las provincias estipulando que los godos entregaran sus armas y cierto número de sus hijos, que dispersó como en rehenes en las principales ciudades del Asia Menor.

«En cambio les prometía víveres! Creía hacer de una vez dos cosas á cual mejor: hacer su ejército invencible con el refuerzo de tan crecido número de guerreros y llenar sus arcas con todo el oro que las provincias harían ingresar en ellas, á buena cuenta de los reclutas que no tenían ya que entregar. La cantidad debida por cada soldado, que no se suministraría, pero cuyo valor ingresaría en arcas, se hizo subir á 80 sólidos de oro. «Desde entonces, dice Sócrates, se descuidó Valente de hacer levas y menospreció á los veteranos.»

Los godos lo aceptaron todo: satisfechos de haberse sustraído á un gran peligro, entraron en el imperio, como en un refugio cuya defensa les interesaba á ellos mismos (otoño de 376). Pero todo fué perdido por culpa de los agentes imperiales, cuya venalidad tantas veces hemos tenido que registrar en la historia de este siglo. Era, en efecto, difícil asegurar regularmente la subsistencia de una multitud, que no bajaría de un millón de almas, si á los 200.000 guerreros mencionados por Eunapo, se añaden las mujeres, los niños y los esclavos. Los empleados romanos especularon con el hambre ó fueron impotentes para prevenirla; los víveres escaseaban de día en día, y los bárbaros tuvieron que comprarlos á precio de oro.

Agotados sus recursos, vendieron sus esclavos, sus mujeres, hasta sus hijos, y cuando no les quedaba ya nada tomaron por fuerza lo que se les negaba. No habían entregado todas sus armas, ó habían comprado el derecho de conservar algunas, ó las habían adquirido de cualquiera otra manera; ello es que con estas armas y otras que ellos mismos hicieron, recorrieron al pillaje las ricas llanuras que se extienden al pie del Hemo: era una guerra formidable que los generales romanos desencadenaban sobre el imperio con su ineptitud, con su avidez ó con las dos cosas juntas.

Valente, que no había sabido prevenir ni reprimir, reunió fuerzas para reparar el mal consumado é invocó la ayuda de su sobrino el emperador de Occidente, que le envió al franco Ricomer con algunas tropas, que Frigiger debía seguir á la cabeza de las legiones panonias y transalpinas (2).

Pero mientras Graciano preparaba un socorro considerable y Valente llamaba de la Mesopotamia las legiones destinadas á combatir á los persas, pasaba el tiempo y el peligro venía á ser mayor.

En efecto, los bárbaros establecidos como colonos ó vendidos como esclavos en las provincias circunvecinas, y otros que servían en el ejército imperial, corrían á reunirse con

sus hermanos (3). Los trabajadores de las minas de la Tracia huían del infierno en que estaban retenidos, y como sucede siempre en tiempos de disturbios y devastaciones, muchos campesinos despojados de sus bienes, iban á servir de guías á los insurgentes para tener el derecho de entrar con ellos á la parte del botín. Cuando Alarico sitió á Roma irán á incorporarse á su ejército más de cuarenta mil esclavos.

La primera acción, que fué sangrienta, se empeñó cerca de *Salices*. Llamando á sí por medio de humaredas á los destacamentos que habían salido á forrajear, el caudillo godo Frigiger salió una mañana del recinto de los carros y asaltó á los romanos acampados en una colina de las inmediaciones. Para animarse al combate, entonaron los visigodos uno de sus cantos nacionales que recordaban las hazañas de sus mayores; los legionarios contestaron con su grito de guerra, *barritus* (berrido) que cundía por sus filas, primero como un murmullo, luego como un rumor, hasta que creciendo gradualmente acababa en un trueno de fiera tempestad. Y pelearon...

Las pérdidas fueron numerosas por ambas partes, y la batalla quedó indecisa: los godos se retiraron detrás de sus carros, y los romanos se ampararon bajo los muros de Marcianópolis. No se cuidaron de enterrar sus muertos, que hubieron de quedar abandonados á los animales carnívoros, y algunos años después sus huesos blanqueados por la intemperie indicaban el lugar de la matanza (otoño de 377).

Refuerzos llegados á los romanos les permitieron rechazar á los bárbaros á las gargantas del Hemo, donde esperaban destruirlos por el hambre, cerrando con trincheras la salida de los valles. Era la operación que hizo felizmente Claudio II.

Pero los godos se habían retirado esta vez á las montañas sólo para esperar á los bárbaros que sin cesar pasaban el Danubio, ahora sin defensa. Alateo y Safrax se les unieron con fuerzas de ostrogodos, y taifales, hunos y alanos acudieron ávidos de botín. Los enemigos de la víspera se entendían para caer juntos sobre la presa.

Habiendo tenido conocimiento de las fuerzas que se acumulaban en frente de él y sobre su cabeza el conde Saturnino, encargado de guardar los pasos, comprendió que no podría atajar esta masa de hombres, cuando se precipitara entera sobre uno de los puntos de la larga línea que tenía que defender, y se replegó sobre las plazas fuertes de la Tracia; Frigiger, el jefe del cuerpo enviado por Graciano, retrocedió por su parte hasta Beroe, más lejos todavía, hasta el paso de Sucques, que fortificó á fin de preservar, á lo menos, de la invasión las provincias ilirias. Entonces, desde el Hemo hasta el Ródope y desde el Ródope al Bósforo, todo el país llano fué entregado á la más espantosa devastación.

Pero ¿por qué no llegaba Graciano? Un joven alamano de su guardia, con licencia entre los suyos, les hizo saber que muchas cohortes habían partido para Oriente, amenazado de una invasión formidable, y que Graciano iba á seguirlos con el grueso de su ejército, cuya vanguardia llegaba ya á la Panonia (4).

La tentación era demasiado fuerte, y 40.000 alamanos se arrojaron sobre la Germania superior, que creían des-

(3) Sinesio escribía algunos años más tarde: «Casi no hay una familia romana que no tenga godos á su servicio. En nuestras ciudades, los albañiles, los aguadores, los mandaderos ó mozos de cordel, son godos.»

(4) Frigiger destruyó un cuerpo de godos que se había aventurado hasta las orillas del Margo, y enviado sus prisioneros á cultivar como colonos las tierras de Parma, Módena y Regio (Marcelino, XXXI, 9).

guarnecida de tropas. Graciano entonces llamó con urgencia las legiones enviadas á Valente y agregó á sus tropas de Galia numerosos auxiliares francos al mando de un intrépido caudillo, Melobaudo, que era al mismo tiempo rey de los francos y conde de los domésticos.

La batalla de Argentaria (Colmar ó Neuf Brisach) fué desastrosa para el ejército enemigo, que pereció casi todo (menos 5.000 hombres). Graciano pasó el Rin en persecución de los fugitivos y rechazó sus restos á las montañas del Schwarzwald (1).

Para obtener la paz, entregaron los alamanos buena parte de su juventud, que siguiendo un uso peligroso fué alistada en las tropas romanas.

Terminada felizmente esta expedición, se puso Graciano en marcha hacia el Oriente, y desde Sirmio, adonde llegó enfermo, escribió á Valente, á la sazón en Andrinópolis, rogándole lo esperara para combatir á los godos con las fuerzas reunidas de los dos imperios. Al recibo de este despacho, se celebró un gran consejo de guerra: el maestro de la caballería, Víctor, general prudente, con todo y ser sármata, el franco Ricomer y la mayoría de los asistentes, propusieron esperar al ejército de las Galias; pero Valente, celoso de su sobrino, quería una victoria que fuera para sí solo; y decidió que se combatiera sin esperar aquel valioso refuerzo.

En su virtud, el 9 de agosto de 378 fué á buscar al enemigo, cuyas fuerzas no estaban aun reunidas todas. Fritigern ganó tiempo con fingidas negociaciones, y cuando supo que los que lo esperaban estaban ya en línea empezó la acción.

Amiano Marcelino describe este combate y esta descripción es la última página de su libro. Su narración carece de claridad y no pueden descubrirse en ella las causas ciertas del gran desastre. Representa á los romanos abrumados de calor, devorados por la sed y hasta faltos de sustento. Pero aquel sol de estío debía ser mucho más abrumador para los godos, y las legiones salían de Andrinópolis, donde no habían escaseado los víveres. Se entrevén ciertos cortes en la marcha de las tropas romanas, deserciones en masa, porque cuerpos enteros hubieron de desaparecer sin haber combatido (2); por parte de los godos un ataque impetuoso de su caballería lanzada oportunamente por Alateo y Safrax sobre el ala izquierda de Valente, que había avanzado en desorden hasta el recinto de los carros, y luego la abrumadora masa de una multitud de hombres cayendo con furor sobre el ejército imperial.

Alcanzado en su fuga el emperador por una flecha fué llevado á una cabaña, á la cual prendieron fuego los godos, impacientes de la resistencia que encontraban. Valente pe-

(1) Un pasaje de Amiano Marcelino da á entender que los alamanos se encontraron cogidos entre las tropas de las Galias y las que Graciano conducía á la Iliria, y de aquí la extensión ó importancia del desastre.

(2) A. Marcelino habla muy á menudo de *proditores* y *tránsugas* conduciendo á los godos al ataque de Andrinópolis, el día siguiente de la batalla, y al de Perinto y Constantinopla. Estos *proditores*, dice, les daban informes y noticias sobre todo lo que había en el interior de las ciudades y aun de las casas.

reció en las llamas, sin que se encontrara nada de su cuerpo. Dos terceras partes del ejército romano, casi todos los generales, con el emperador, y treinta y cinco tribunos habían perecido: era una segunda batalla de Canas.

El día siguiente, á pesar del consejo del hábil Fritigern, que decía querer quedar en paz con las paredes (3), asaltaron los godos á Andrinópolis, donde Valente había dejado el tesoro y las riquezas del palacio. Mas para un asalto, les faltaba todo, menos el valor. Los habitantes de la ciudad y los vencidos de la víspera que habían podido refugiarse en ella, se defendieron como hombres que tenían que salvar la vida. Durante la noche muraron sus puertas, coronaron de máquinas las murallas, y cuando los godos aparecieron, dispuestos al asalto, una granizada de dardos y proyectiles de piedra derribó á los más audaces.

La segunda capital de la Tracia se libró de los bárbaros, pero la Tracia misma les pertenecía. Por toda ella se pasearon tranquilamente sus fieras hordas llevándolo todo á sangre y fuego, aunque pasando de largo por las plazas cerradas, y acercándose poco á poco á la ciudad imperial objeto de toda su codicia. Desde allí descubrían el Asia, donde tenían grandes riquezas que pillar. Pero un fuerte recinto defendía la ciudad, en cuyo seno se agitaba un pueblo inmenso que podían suponer tan bravo y resuelto como el de Andrinópolis, y la emperatriz Dominica prodigaba el oro para excitar y sostener el celo de los defensores de la plaza. Sólo un golpe de mano afortunado podía dar á los godos Constantinopla; pero al contrario, fueron sorprendidos ellos y rechazados por una rápida salida de jinetes sarracenos recién llegados del Asia. Los rubios hijos del Norte con sus ojos azules y su larga cabellera retrocedieron con cierto respeto, sino temor, ante aquellos hombres bronceados por el sol de Arabia, de cabellos cortos y enortijados y cuyo sombrío rostro estaba como alumbrado por el siniestro esplendor de sus ojos. Uno de aquellos salvajes habitantes del desierto, desnudo hasta la cintura, se precipitó puñal en mano en la refriega, dando aullidos de bestia brava, y se le vió arrojar sobre su enemigo caído y chupar la sangre de sus heridas. Fué el primer encuentro de las dos barbaries que debían repartirse el imperio.

Pudiéramos detenernos aquí, porque de Roma no queda ya nada: creencias, instituciones civiles, organización militar, artes, literatura, todo ha desaparecido, y la invasión ha comenzado. Fritigern ha llegado hasta el pie de los muros de Constantinopla; dentro de algunos años, Alarico tomará á Roma. Pero la cuestión religiosa que ocupa tantas páginas en nuestra historia, no está resuelta: el arrianismo domina casi todo el Oriente; en mil otros lugares subsiste el paganismo, hasta en los mayores focos de la ortodoxia, Alejandría y Roma, y un príncipe vendrá muy pronto que dando al antiguo culto los últimos golpes, establecerá la unidad de la Iglesia, y por algunos meses reinará solo en las dos capitales del mundo. Nuestra tarea, pues, no está terminada todavía.

(3) *Pacem sibi esse cum parietibus memorans* (Am. Marcelino, XXXI, 7).

CAPÍTULO CIX

GRACIANO (AGOSTO 367-AGOSTO 383), VALENTINIANO II (22 NOVIEMBRE 375-15 MAYO 392)
TEODOSIO (19 ENERO 379-17 ENERO 395)

I.- REINADOS DE GRACIANO Y DE TEODOSIO HASTA LA PAZ CON LOS GODOS (378-380).

Después de la batalla de Andrinópolis, los sármatas y los cuades pasaron el Danubio, mientras los vencedores de Valente, sorprendiendo el mal defendido paso de Sucques, invadían las provincias ilirias hasta entonces preservadas: el cuerpo del imperio no era más que una llaga dolorosa y sangrienta. «¡Cuántos males! exclama San Gregorio de Nacianzo: la tierra, cubierta de cadáveres, está roja de sangre.» Y un poco más tarde escribía San Jerónimo: «Hace veinte años que, desde Constantinopla á los Alpes Julianos, se viene derramando diariamente sangre de romanos. La Mesia, la Tracia, la Macedonia, la Dacia, la Tesalia, la Dalmacia, la Acaya, los dos Epiros, las dos Panonias, todo está lleno de bárbaros que pillan y matan. ¡Cuántas matronas y vírgenes consagradas al Señor, cuántos nobles personajes han servido á su brutalidad! ¡Cuántos obispos cautivos, sacerdotes degollados, iglesias destruidas, y cuántas veces nuestros altares han servido de pesebre á sus caballos (1)!»

La Galia estaba amenazada de la misma suerte; á la noticia de la victoria de los godos, se prepararon los alamanos á tomar en las provincias transrenanas su parte de pillaje del imperio. La Bretaña y el Africa, en otro tiempo en ascuas, quedaban expuestas á los peligros momentáneamente conjurados por el conde Teodosio; los habitantes de la Cirenaica vivían en continua alarma, y había motivos para temer que en Oriente quisieran los persas aprovechar la desgracia de Valente. «¡El imperio se hunde!» exclamaba dolorosamente San Jerónimo.

Sólo la momentánea lasitud de los bárbaros podía darle un suspiro, como quiera que la sociedad romana por sí misma era incapaz de salvarse. Las poblaciones habían perdido el valor de defenderse, y la ley les quitaba los medios prohibiéndoles el uso de armas.

Y había otro mal: á consecuencia de las mismas invasiones y de la inseguridad creciente cada día, se habían producido en la población tales vacíos que la vida social se aniquilaba. No era la Iglesia la que podía devolver la energía á aquella vitalidad moribunda: el clero vivía en el celibato y exhortaba á los fieles á abrazarlo. San Ambrosio desarrollará en tres libros el mérito de la virginidad, escribiendo no obstante: «Se teme que el género humano vaya á faltar.» Así, pues, muchos cristianos huían al desierto; otros, que se quedaban en la ciudad, huían de la unión conyugal. San Basilio, San Gregorio, San Juan Crisóstomo y muchos otros, fueron monjes antes de ser obispos, y San Jerónimo ponía tan alto el mérito del celibato, que cuando

(1) S. Greg. de Nacianzo, Disc. XII; San Ambrosio, de *Officiis ministrorum*, II, 25. La cita de San Jerónimo está tomada de su carta á Heliodoro, que tiene por título: *Epitaphium Nepotiani*, y que parece haberse escrito en 398 (S. Jerón. *Obras*, t. I, p. 26, ed. de Basilea, 1553). Esta carta revela el estado de aquellas provincias desde la batalla de Andrinópolis, hasta algo entrado el reinado de Teodosio.

se leyó en Roma su carta á Eustoquia, se creyó que condenaba el matrimonio.

Los fieles, con pedir mucho al Estado, no le daban pues nada en cuanto á fuerza política. Sobre la cuestión de las obligaciones civiles, estaban de acuerdo con los filósofos, que recomendaban también el desprendimiento del mundo; de modo que las dos grandes fuerzas morales de aquel siglo hacían de la vida contemplativa el ideal de la perfección, y los que en aquella sociedad hubieran sido los mejores, se negaban al cumplimiento de los deberes sociales.

Esta deserción en el interior y esta ruina del espíritu militar explican por qué los príncipes llenaban de bárbaros el ejército y pedían sus generales á razas enemigas. Entre estos jefes del imperio se encuentran el godo Munderico, que mandaba en la frontera de la Arabia; Modares, el útil teniente de Teodosio en 379; Fravita, de que Arcadio hará un cónsul, pagano y todo como era; Saúl, Bacuro, oficiales más modestos; Eriulfo, que pensaba ya en trasferir á los godos el imperio; Gainas, que procurará trasferirselo; hasta Alarico, cuyo ejército forzará aquellos muros de Roma que no pudo Aníbal franquear.

Y en el otro imperio ¡cuántos pueblos alamanicos y francos no habían dado tribunos, condes y maestros de la milicia! Magnencio era geta; Silvano franco; Arbogast, cuyo cliente será un emperador, era á la vez, como lo había sido Melobaudo, rey de los francos y general romano. «Los bárbaros, dice Zósimo, han tomado domicilio en el imperio, cuya población indígena se ha reducido de tal modo que apenas se reconocen los sitios donde se extendían en otro tiempo poderosas ciudades.»

No era Graciano el hombre que reclamaban circunscripciones tan difíciles. Augusto á los ocho años, emperador á los diez y seis y asesinado á los veinticuatro, no tuvo tiempo más que para mostrar en el trono algunas buenas cualidades y mucha flaqueza. Al principio de su reinado, su política religiosa fué vacilante: primero severidades contra los herejes; después una ley de tolerancia; hasta que al fin triunfó en su espíritu la ortodoxia. Levantó el destierro á los obispos expulsados por Valente; adjudicó á los católicos las iglesias de los donatistas y prohibió á estos sectarios celebrar asambleas so pena de confiscación de los lugares en que se celebraran.

Estas variaciones hacen ver que la influencia sobre el joven príncipe era alternativamente perdida ó recobrada por los antiguos consejeros de su padre, ó por San Ambrosio, cuyo dócil discípulo se hizo. Graciano estaba en correspondencia con el gran obispo: pedíale consejos para su conducta, tratados de teología para su fe, y á fin de instruirse mejor, hizo frecuentes mansiones en Milán.

Este fervor ortodoxo era de mal augurio para los paganos, pues si no los inquietó en sus personas ni bienes, persiguió su culto, confiscando el patrimonio de los dioses, consistente en bienes raíces y rentas cuantiosas que la piedad de treinta generaciones había consagrado al servicio de los templos; suprimiendo privilegios de que las vestales y los pontífices estaban en posesión hacía muchos